

PRÓLOGO

LAUDATIO AL PROFESOR ANTONIO YELO TEMPLADO EN EL DÍA DE SU JUBILACIÓN

ELENA CONDE GUERRI
(Universidad de Murcia)

Cuando hace ya quince años llegué a esta tierra de azarbes, nazarenos y naranjos en flor, antes desconocida para mí, cupo a mi nave la fortuna de ser la primera en varar en los paisajes de la Historia Antigua, que no en los de la veteranía del "oikistés" que me siguió poco después, el Prof. Antonino González Blanco, sapiente, exabrupto vivífico, docente entregado a sus alumnos hasta el final.

In illo tempore, los vientos de nuestra amada Historia Antigua soplaban tutelados por una fémina, una *mulier fortis*, que reivindicaba el timón ante su *titulus* de Catedrática de Arqueología, Epigrafía y Numismática. No obstante, y a pesar de sus *ictus* prusianos, sigue viva en nuestro reconocimiento por el interés académico que siempre puso en aglutinar las diversas materias que componen las ciencias de la antigüedad. Esto me satisfizo, pero no me impactó. Una acusada y fecunda perplejidad, en mi caso, se apoderó de mí cuando conocí al Profesor que, en solitario, estaba impartiendo las asignaturas intrínsecas a la Historia Antigua: el Dr. D. Antonio Yelo Templado.

Hacía calor, pegajoso, húmedo. Muy probablemente, un día cualquiera de finales de septiembre. Al saludarnos por primera vez, me pregunté, con la inocencia del neófito que desea ser informado pronto y bien, si mi interlocutor era árabe o era hispano. Ahora, tras la pátina amistosa del tiempo transcurrido y la vida que encanece, puedo confesártelo, querido Antonio. ¿Eras, o eres, cristiano viejo de piel canela, o la reencarnación de Abd-Al-Aziz con indumentaria del siglo XX? Los ojos penetrantes y profundamente oscuros, leían más allá de la conversación inicial donde la agonía de Séneca o la catacumba de Priscila se mezclaban al Martyrium de

la Alberca y a los topónimos de la rica arqueología regional, entonces desconocidos para mí. Primer encuentro, sazonado también por la paradoja de los *nomina*. ¿Cómo puede ser «yelo» si es «templado»?

Sorpresas, paradojas, trasiegos bibliográficos, tutorías, investigación fecunda, vivencias, insurrecciones esporádicas racionalizadas después, bastón arqueológico de campo, humanísimos diálogos de pasillo, Santuario del Oro, brazos desgajados de santos barrocos, laudes y tierras secas de Abarán, heroicos sueños cenobiales, todo esto que eras tú, cobró con el tiempo una perfecta armonía dentro de una sinfonía coral, cuyo encanto era precisamente ése: la armonía dentro de la polivacencia.

Porque eso eres tú para nosotros, Antonio. Polivalente. Una vez me dijiste que «eras soberbio, pero eras humilde». Otra paradoja, pero esta vez comprensible. De forma constante, y con una soberbia discreción, elegante, has llevado tu docencia y tu investigación. Con soberbia humildad, don precioso del Santo de Asís, nos has dado a todos ejemplo de trabajo cosido a tu cubículo dentro del ambiente, casi de greguería, pero siempre científico, que es la biblioteca de nuestra área. A la palabra científica, la humanizaban casi siempre unas comillas entrañables y cotidianas, para recordar que el ritmo y los frutos de la vida no se paran ni en los fenicios ni en Diocleciano. Polivalente, porque buceando en tu personalidad total, quizá hasta el mejor psicoanalista se perdería desconcertado entre las veredas a la par amorosas y cautelosas de tu alma. Alma no sólo de *magister*, maestro, hermosa palabra, sino de «tekton», ya que hemos descubierto que esculpes imágenes con la misma perfección y naturalidad que las veneras; alma ecológica, que gusta de riesgos y amaneceres; alma ascética, que vive feliz tan sólo con lo puesto; alma políglota, de manuscrito y de venerables rarezas; alma, en fin, melómana y mariana, que es capaz de analizar el Periplo de Avieno a ritmo de Avemarías.

Este Homenaje, por tantos deseado y, por encima de todo, merecido, no sería tan pleno si no se evocasen en la somnolencia del tiempo unos prometedores maitines. Plegarias, vidrieras con escarcha y disciplinados corredores con bisbiseo de sotanas que tú, Antonio, viviste ilusionado durante tus años de formación sacerdotal en el Seminario Diocesano. Esta etapa y sus ideales de estudio y plena voluntad de servicio han hecho más rico, sin duda, tu itinerario.

Por todo ello, la Diócesis de Cartagena y el Centro de Estudios Teológico-Pastorales «San Fulgencio» se adhieren de corazón al Homenaje de quien, como uno de sus hijos predilectos, consideran que ha ennoblecido la catequesis del *ora et labora* con un ejemplo peculiar de abrazo generoso entre pastoral y obra científica.

Antonio Yelo Templado, en el atardecer de tu *curriculum* docente, *limes* ficticio y nostálgico impuesto por el veleidoso *Magister a sacro cubiculo Trivii et Quadrivii Matritensis*, qué mejor que llamarte **amigo nuestro**. Antonio, amigo, que la bonancible templanza que de corazón te deseamos en las futuras aventuras de tu vida y de tu investigación, que no ha de cejar, disuelta toda contrariedad y se convierta en agua fecunda que, a decir del Cantar de los Cantares, sea siempre «fuente de los huertos y pozo de aguas vivas».

Murcia, 11 de marzo de 1994